

PEDRO OPEKA: “YO NACÍ DOS VECES, UNA VEZ EN ARGENTINA Y OTRA EN MADAGASCAR”

Por. Julio César Romero Magliocca

Fundador y Director de Revista Raíces

Hay personas cuya historia parece estar hecha de caminos. Caminos que comienzan en una casa humilde, siguen por las calles de un barrio, atraviesan una cancha de fútbol, pasan por una iglesia y, muchos años después, terminan en lugares que uno jamás hubiera imaginado. La historia de **Pedro Opeka** tiene algo de eso. Cuando busca en su



memoria los recuerdos de la infancia, no aparecen grandes acontecimientos. Aparece, antes que nada, la familia. Una familia muy unida, sencilla, humilde, de esas en las que quizás no sobra nada, pero tampoco falta lo esencial.

Hasta los diez años cambiaron varias veces de casa. Y en cada lugar quedó una pequeña fotografía de su infancia: el barrio, los amigos, el campo, el pasto, los espacios donde se podía correr y jugar. Era una vida simple.

“Mucho campo, pasto, podías correr, te sentías libre”, recuerda.

La libertad, a esa edad, no era una palabra que necesitara explicación. Se vivía. Estaba en correr detrás de una pelota, en jugar con los muchachos del barrio, en descubrir el mundo sin demasiadas preocupaciones. Y estaba también dentro de la casa. Allí había oración. La fe no era un adorno ni una costumbre más. Era parte de la vida familiar. Era aquello que unía. La oración formaba parte de la cotidianeidad, como la comida, el trabajo, los juegos o las conversaciones. También quedaron en su memoria los trenes. En una de las casas donde vivieron, en Caseros, las vías pasaban delante de la vivienda. Pedro recuerda aquellos trenes cargados de obreros que se dirigían hacia Plaza de Mayo para participar de manifestaciones. Algunos viajaban incluso sobre los techos de los vagones. Y por las calles todavía circulaban los carros tirados por caballos.

Son recuerdos sencillos, dice. Naturales. Pero justamente allí, en esa sencillez, parece estar una de las claves de su historia. No recuerda una infancia marcada por grandes sufrimientos. Recuerda el cobijo de una familia que crecía año tras año, con un hermano o una hermana que se sumaba a la casa. Recuerda la paz, la amistad y la alegría. Eran humildes. Comían lo necesario. Vivían sobriamente. Pero eran felices. Y esa palabra, felicidad, aparece en su relato sin necesidad de grandes explicaciones. Pedro puede decir que fue feliz de niño porque se sintió querido. Porque había familia. Porque había fe. Porque había una casa donde la oración era importante. Porque había hermanos con quienes compartir. Y porque había una libertad que no necesitaba ser nombrada para ser vivida.

UN PADRE QUE HABLABA CON EL EJEMPLO

En el centro de esos recuerdos aparece su padre. Un hombre bueno, callado, serio. No era de hacer grandes bromas ni de levantar la voz. Nunca gritaba. Era, sobre todo, un hombre de trabajo. Pedro recuerda que su padre no necesitaba explicar demasiado sus valores. Los transmitía con su propia vida.



“Lo que dijo lo hacía”, recuerda.

Era un hombre de palabra. Y quizá esa sea una de las enseñanzas que más profundamente quedan grabadas en un niño: descubrir que aquello que los adultos dicen tiene valor cuando también se transforma en conducta. Con los años, Pedro comenzó a comprender cosas que

durante la infancia simplemente había visto. De niño uno observa. Después aprende a interpretar. Y entonces aquellos gestos del padre adquieren otro significado. Su padre había sido soldado durante la Segunda Guerra Mundial. Había sido prisionero y estuvo destinado a ser fusilado. Logró escapar y sobrevivió en circunstancias que él mismo consideraba milagrosas.

De miles de personas asesinadas en aquel lugar, él fue uno de los pocos que logró salvarse. La historia quedó en la memoria familiar. Y Pedro la escuchaba una y otra vez, porque quería saber cómo había ocurrido. Pero aquel hombre que había conocido la guerra no terminó su vida como soldado. Después se convirtió en albañil y desarrolló una enorme capacidad para hacer de todo. En su casa prácticamente no entró ningún obrero.

Su padre hizo la casa. El techo. La carpintería. La electricidad. La plomería. La pintura. Todo. Había aprendido a trabajar con las manos y tenía esa capacidad de resolver, de construir, de reparar. Quizás sin saberlo, también estaba enseñándole a su hijo otra forma de mirar la vida: no esperar siempre que otro venga a solucionar los problemas, sino poner las manos en aquello que necesita ser construido.

UNA MADRE ENTRE TRECE HIJOS

Y después estaba su madre. Una mujer de una enorme energía. Muy buena, profundamente creyente y también firme. Una madre que quería a sus hijos y que, precisamente por quererlos, muchas veces pretendía que las cosas se hicieran como ella consideraba que debían hacerse. En una familia numerosa, había que saber arreglarse. Había que comprar. Había que negociar. Había que estirar el dinero. Pedro recuerda incluso cómo su madre sabía discutir los precios cuando salía a comprar, porque tenía que alimentar y vestir a una familia enorme. Era una mujer que parecía estar siempre de pie. Siempre haciendo algo. Siempre moviéndose. Siempre cuidando. Su abnegación y su sacrificio también fueron una forma de educación. Quizás por eso, cuando Pedro habla de sus padres, no habla solamente de lo que le enseñaron con palabras. Habla de lo que vio. De aquello que quedó grabado en su memoria.

LA FE COMO FORMA DE VIDA

En aquella casa la fe ocupaba un lugar central. Pedro conoció desde muy pequeño la Biblia y los Evangelios. Pero hubo un momento en que dejó de escucharlos solamente como textos religiosos y comenzó a descubrir personalmente a Jesús. Y allí ocurrió algo decisivo. Descubrió a un Jesús amigo de los pobres. A un Jesús capaz de enfrentarse a los poderosos de su tiempo. A un Jesús que no tenía miedo de decir la verdad. A un Jesús que cuestionaba incluso a las autoridades religiosas cuando veía que la religión podía convertirse en instrumento de dominio. Ese descubrimiento fue mucho más profundo que una enseñanza religiosa. Fue una forma nueva de mirar al ser humano. Pedro comenzó a comprender que la fe no podía quedar encerrada en las reglas, los ritos o las prescripciones.

Para él, seguir a Jesús era algo mucho más profundo. Era vivir. Era comprometerse. Era buscar la verdad. Era respetar la conciencia y la libertad del otro. Por eso, cuando habla de su relación con la fe, hace una distinción que resume buena parte de su pensamiento: Él no dice haberse casado con una religión. Dice haberse unido a la vida de un hombre llamado Jesús. Y para Pedro esa diferencia es fundamental. Porque la religión puede convertirse en estructura. La fe, en cambio, debe convertirse en vida. Jesús, dice, vino también a liberar al ser humano de los moldes. Y en esas dos palabras del Evangelio — “en espíritu y en verdad” — encuentra una fuerza extraordinaria. No se trata solamente de cumplir. Se trata de vivir.

ENTRE LA PELOTA Y EL EVANGELIO

“Los planes sociales son lo peor que se le puede hacer a un pobre. El asistencialismo debe existir siempre con trabajo. El que no trabaja que no coma”.



Como tantos niños de su generación, Pedro también tuvo una pasión: el fútbol. Jugaba desde los seis años. Había grandes jugadores que admiraba y que quedaron en su memoria: Di Stéfano, Artime, Pizzuti, Corbatta, Carrizo, Roma y tantos otros. Pero Pedro nunca utilizó demasiado la palabra “ídolo”. Quizás porque, desde muy temprano, entendió que ninguna persona debía ocupar ese lugar absoluto. El fútbol le gustaba. Mucho. Pero había algo que comenzó a crecer con más fuerza. Jesús. Y

cuando llegó el momento de elegir un camino, la decisión comenzó a aclararse. El fútbol podía formar parte de la vida. Podía ser importante. Podía apasionar. Pero no podía ser la vida entera.

Una carrera deportiva tiene un tiempo limitado. La fe, en cambio, podía comprometer toda la existencia. Y allí apareció una idea que también marcaría su pensamiento: el enorme poder que tienen aquellas personas a quienes otros admiran. Un jugador puede influir sobre miles. Y Pedro se preguntaba qué sucedería si esa influencia se utilizara para hacer mejores a las personas. Más generosas. Más humanas. Más solidarias. El problema, pensaba, aparece cuando la fama se convierte en una vida sin límites, cuando todo parece estar permitido y el éxito termina alimentando el egoísmo. Porque una estrella puede ser admirada hoy y olvidada mañana. Pero aquello que uno deja en el corazón de los demás puede permanecer mucho más tiempo.

EL PRIMER PASO

Su camino religioso comenzó siendo todavía muy joven. Un sacerdote vicentino llegó a su casa y ofreció la posibilidad de estudiar en un colegio de la congregación. Pedro tenía alrededor de diez años. Era un chico inquieto, travieso. Y sus padres, que tenían una familia numerosa, entendieron que aquella oportunidad podía ser buena para él. Así llegó a una escuela apostólica en Lanús. Era pequeña. Había apenas tres pupilos. Y aunque la separación de la familia tuvo su momento de tristeza, también había entusiasmo. Pedro recuerda incluso algo que puede parecer pequeño, pero que para aquel niño significaba mucho: por primera vez tenía unas zapatillas nuevas. Corría. Saltaba. Disfrutaba de aquel pequeño campo. Sentía una alegría enorme. Y al mismo tiempo lloraba por haber dejado a sus padres y a sus hermanos. Porque una cosa no anulaba la otra. Podía estar feliz por el camino que comenzaba y, al mismo tiempo, extrañar profundamente a quienes amaba. A los diez años todavía no podía comprender todo aquello. La reflexión vendría después. Primero se vive. Después se comprende.

“YO YA ERA SACERDOTE EN EL CORAZÓN”

Entre los trece, catorce, quince años comenzó otra etapa. Ya no se trataba simplemente de obedecer o acompañar. Comenzó a pensar. Y al leer los Evangelios con mayor profundidad, aquel Jesús amigo de los pobres lo cautivó. Quiso imitarlo. Ahí empezó a



tomar forma la vocación. Pero Pedro no separaba el sacerdocio de la misión. Para él, ser sacerdote significaba estar dispuesto a salir. No instalarse cómodamente en un lugar y quedarse allí. Salir. Conocer. Buscar. Acercarse. Descubrir. Por eso, cuando estudió filosofía y teología en París,

aprovechaba las vacaciones para viajar haciendo dedo. Sin dinero. Durmiendo muchas veces en estaciones de tren o de autobuses. Conociendo personas. Conversando. Ampliando el círculo de su experiencia. Y cuando le preguntan si aquellos viajes le abrieron la cabeza, responde de una manera que parece definir toda su personalidad:

Le abrieron el corazón. Porque Pedro siempre sintió que primero debía caminar el corazón. La razón llegaría después. Si uno piensa demasiado antes de comenzar, aparecen los miedos. Es peligroso. No conviene.

¿Qué vas a ganar?

¿Qué puede suceder?

El corazón, en cambio, empuja. Y Pedro decidió escuchar ese corazón. Su estrategia para acercarse a las personas fue siempre la misma: ganar amigos. Desde la sencillez. Desde el respeto. Desde la humildad. Porque cree que todos los seres humanos somos sensibles al amor, a la fraternidad y a una mirada sincera. No quería ser “el grande” que llega para enseñar. Quería conocer. Quería encontrarse con el otro. Quería agrandar su experiencia humana.

MADAGASCAR: “NACÍ UNA SEGUNDA VEZ”

En 1968 salió de Argentina. El viaje hacia Europa fue largo. Pasó por Montevideo, Santos, Río de Janeiro, Lisboa, Barcelona, Génova y Nápoles. Llegó a Eslovenia para estudiar filosofía. Y allí se encontró con una realidad que lo marcó profundamente. Era el país del que habían huido sus padres. Un país comunista. Pedro vio una sociedad triste. Personas que no hablaban libremente. Una sociedad donde la libertad estaba condicionada por una ideología y donde había que pensar de determinada manera. Aquella experiencia confirmó en él algo que ya comenzaba a comprender: al ser humano no se lo puede obligar a creer.

No se lo puede obligar a pensar. No se lo puede obligar a vivir. La libertad es una condición esencial de la persona. Y mientras estudiaba, apareció una posibilidad que terminaría cambiando su vida. Madagascar. La congregación de San Vicente de Paúl tenía allí una misión desde el siglo XVII y necesitaba misioneros. Pedro había expresado su deseo de ir. Y finalmente llegó. Tenía apenas 22 años. El encuentro con Madagascar fue, según sus propias palabras, como volver a nacer.

Una nueva lengua. Una nueva cultura. Nuevas tradiciones. Nuevas costumbres. Otra mentalidad. Todo era diferente. Había que comenzar de cero. Por eso dice una frase que resume aquella transformación:

“Nací dos veces: una vez en Argentina y otra en Madagascar”.

EL PAÍS QUE LE ENSEÑÓ A REÍR

Lo primero que lo sorprendió no fue la pobreza. Fue la gente. La acogida. La alegría. La bondad. La solidaridad. Y algo que nunca dejó de llamar su atención: la gente reía. Reía mucho. Incluso en medio de grandes carencias. Pedro se preguntó muchas veces de dónde nacía aquella alegría. Y encontró una respuesta en algo muy profundo: el valor de la existencia. La relación con la naturaleza. La espontaneidad. Una forma de estar en el mundo mucho menos encerrada. Mucho menos dominada por el cemento, el hierro y el asfalto.

La naturaleza, dice, abre al ser humano. Lo hace sentir libre. Lo hace feliz. Quizás por eso, cuando uno vuelve al campo y puede acostarse sobre el pasto, algo cambia. Respira distinto. Siente distinto. Recupera algo que la vida moderna muchas veces le ha quitado. Pero con los años Pedro descubrió también que detrás de aquella sonrisa había otra realidad. La alegría no significaba necesariamente ausencia de sufrimiento. Había resignación. Había dolor. Había pobreza. Y después de décadas viviendo junto a aquella gente, sintió que le habían permitido mirar detrás de las cortinas. Como en un teatro. Del otro lado del escenario uno descubre lo que el público no ve.

Y allí encontró una pobreza que no debía ser aceptada como natural. Comprendió que muchas veces la pobreza es producida por el egoísmo, la mentira, el robo y la explotación. Y entonces su misión comenzó a tomar otra dimensión. Ya no se trataba solamente de ayudar. Se trataba de acompañar. De unir. De despertar. De decirles que aquella realidad no tenía por qué ser el destino de sus hijos.

EL MISIONERO DE LA JUSTICIA

Sus primeras experiencias misioneras en Argentina, junto a los pobres, habían dejado una huella profunda. También las experiencias entre comunidades indígenas, como los mapuches y los matacos. Allí fue descubriendo qué significaba verdaderamente ser misionero. No solamente llevar una palabra. Sino estar. Compartir. Dar una mano. Escuchar. Acompañar. Dar una palabra de aliento. Porque Pedro también se reconocía como un hombre imperfecto. No llegaba desde una posición de superioridad. Llegaba como un ser humano junto a otro ser humano. Y descubrió que incluso desde la sencillez, sin grandes riquezas ni grandes recursos, uno puede hacer algo por el hermano. Puede estar junto a él. Puede ayudarlo a descubrir que otra vida es posible. Más justa. Más sincera. Más humana. Más honesta. Sin mentiras. Sin apariencias. Por eso terminó definiendo su misión de una manera muy particular:

ser misionero de la justicia. Unir a la gente. Bendecir a la gente. Ayudar a construir una sociedad donde las personas puedan vivir con más respeto, verdad y dignidad. Su historia comenzó en una familia humilde, entre hermanos, pasto, trenes, carros y una pelota de fútbol. Pasó por la fe de sus padres. Por la figura silenciosa de un padre trabajador y la energía incansable de una madre. Pasó por una pequeña escuela apostólica. Por los

Evangelios. Por el descubrimiento de Jesús. Por las estaciones de trenes de Europa. Por un país que le mostró el rostro triste de la falta de libertad. Y finalmente llegó a una isla donde sintió que había nacido de nuevo. Pero quizá lo más importante de todo ese recorrido no sean los lugares. Ni las fechas. Ni siquiera las misiones. Lo verdaderamente importante es aquello que Pedro aprendió caminando: que para conocer al otro hay que acercarse; que para comprender hay que escuchar; que para ayudar no hace falta sentirse superior; que la fe debe convertirse en vida; y que muchas veces el camino que cambia una existencia no comienza en la cabeza. Comienza en el corazón.

Invitamos a los lectores escuchar el audio de la nota que le hiciera Julio César Romero Magliocca en el Hotel a pocas horas de volver a su Argentina natal , esta nota fue el 27 de julio de 2018.

Audio :

<https://www.raicesuruguay.com/raices/opekanemvd.html>